

Datos para la Historia del Colegio de Boticarios de Madrid

Actos con motivo de la preparación de la Triaca en el siglo XVIII

por

G. FOLCH JOU y S. MUÑOZ CALVO

Departamento de Historia de la Farmacia. Facultad de Farmacia
Ciudad Universitaria.—Madrid, 3

La Triaca Magna o de Andrómaco fue, desde la época de los romanos, uno de los medicamentos de mayor personalidad y con carácter y peculiaridades tan marcadas que la convirtieron en típica y representativa del quehacer del boticario hasta el s. XIX. ¿Quién, incluso entre las generaciones más jóvenes, no ha oído a sus mayores algún comentario sobre ella, aunque haya sido en tono jocoso?

En estos momentos no intentamos disertar acerca de su acción, ni tampoco adoptar un aire erudito ante las sustancias que integraban el famoso medicamento: sólo queremos presentar tres escuetos documentos que se guardan en el Archivo de la Academia de Farmacia, y que de forma muy sencilla evidencian la humanidad y simpatía con que se movieron en su profesión los farmacéuticos de otro tiempo.

Todos sabemos que en el primer tercio del s. XVIII nació el Real Colegio de Boticarios de Madrid, de la unión de las dos cofradías ya existentes, la de Ntra. Sra. de la Purificación y la de San Lucas y Ntra. Sra. de los Desamparados, y que con su aparición, la Triaca, en lugar de ser preparada individualmente por cada farmacéutico, como hasta entonces se había hecho, pasa a confeccionarse en exclusiva por la organización colegial. Hay dos causas muy claras que explican semejante decisión por parte del Colegio de Madrid, una de índole económica, otra de ética profesional; en cuanto a la primera, no cabe duda que un monopolio de esta categoría suponía una buena fuente de ingresos, nada desaprovechables para las precarias finanzas de la institución. Con respecto a la segunda, el privilegio de la producción de triaca significaba un sello de garantía para este remedio y un control de su calidad, pues no olvidemos que en su composición entraban gran número de sustancias, a veces cerca de cien, y muchas de extraño y lejano origen, como las de procedencia oriental, y cuando médicos y enfermos no hallaban en su aplicación el efecto positivo que con fe ciega esperaban, su pensamiento más inmediato

era creer que el farmacéutico no había utilizado las drogas verdaderas, bien por su escasez, bien por lo excesivo de sus precios. Una tercera causa podríamos achacarla al sentir común de casi todos los colegios europeos, pues es conocido el renombre de que gozaron en distintos períodos la Triaca de los Colegios de Venecia, Montpellier, Barcelona, Valencia, etc.; así se responsabilizaban oficialmente de su confección y se comprometían a elaborarla de acuerdo con las fórmulas de las farmacopeas y las aprobadas por las autoridades civiles y médicas.

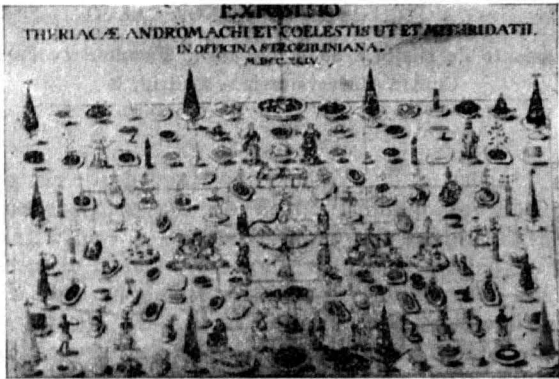


Fig. 1.—Exposición de simples del C. B. Estrasburgo

El deseo de honradez y de manifestar la pureza de los componentes de la Triaca llegó a extremos tales que el hecho de su comprobación se convirtió en un gran ceremonial que casi rayaba con el rito. El primer paso era la exposición de los simples que después darían lugar al medicamento, pero esta exposición no era ni mucho menos de carácter privado, sino público, para que las gentes, boticarios y no boticarios, comprobasen la bondad y perfecto estado de éstos. Este grabado (fot. 1), que nos muestra cómo lo hacía el colegio de Estrasburgo, nos vale para imaginarnos cómo sería la de aquí. No quedaba así la cosa, para que las drogas exhibidas no pasasen desapercibidas por falta de información, se imprimían además carteles donde a manera de aviso se programaba el tiempo que estarían expuestas, con esta medida todo el mundo quedaba enterado de en qué consistía la triaca, e incluso los más profanos en la materia podían acudir a saciar su curiosidad; desgraciadamente, no ha llegado a nuestras manos ninguno de estos anuncios, que debemos considerar con un fin mitad de propaganda, mitad de divulgación, pero si sabemos que se hicieron, pues su impresión costó al Colegio 34 reales

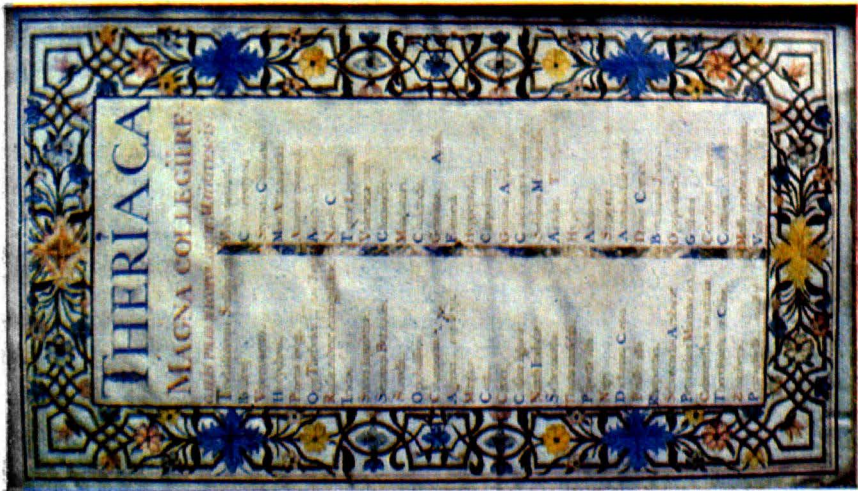


Fig. 3.—Fórmula de la Triaca conservada en la R. A. F. de Madrid

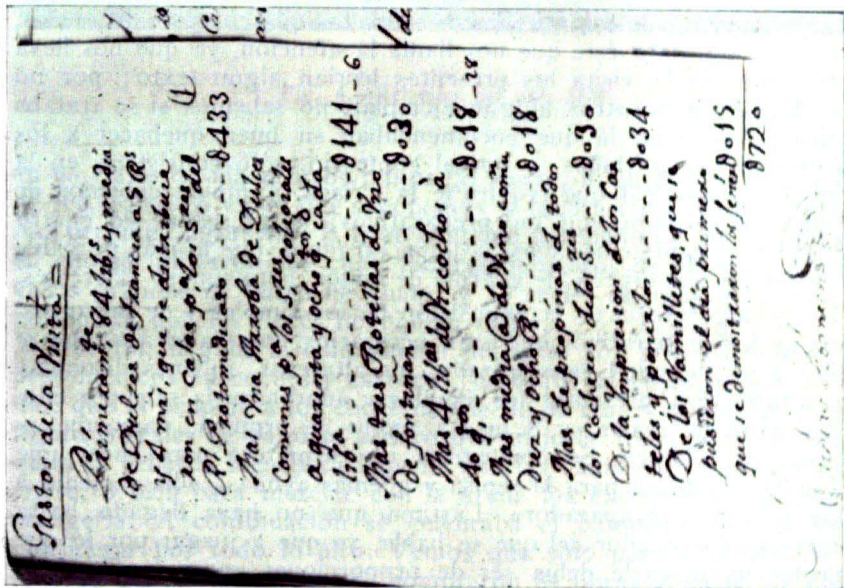


Fig. 2.—Justificación de la impresión de carteles

(fot. 2). Si contamos, sin embargo, con otro que conserva la Academia, en el cual se anotan uno por uno los nombres de los componentes, y que en su conjunto nos reproduce con total exactitud la fórmula de la triaca de la Farmacopea Hispana. Como dato curioso observamos que el papel donde se inscribieron los simples era un calendario..., redactado en francés, que se utilizó para aprovechar la bonita greca, y sobre el cual, y con otro papel, se presentaban los simples que la componían, con sus dosis (fot. 3).

Aunque todo el aparato y montaje era prestigioso para el Colegio, lo que más satisfacción producía a los colegiales era la visita que a modo de inspección hacían obligatoriamente los delegados del Protomedicato; al dar éstos el visto bueno y corroborar la perfección de los géneros, los boticarios madrileños sentían premiada su labor y con los señores del protomedicato como invitados de honor organizaban un espléndido banquete con gastos que a veces sobrepasaron a los ocasionados en la festividad de San Lucas o en el día de la Patrona, más aún, cuando años más tarde se añadió a la exposición de la Triaca la espumación de la miel. Los documentos que vamos a presentar son precisamente los que nos cuentan de manera encantadora y casi infantil los preparativos y menús de los festejos que se llevaron a cabo con motivo de las visitas de los años 1756, 1797 y 1799. Fueron y sucedieron así:

En 1756 (fot. 4), como preámbulo al acto, se imprimen los carteles de anuncio, de los que hemos hablado, que costaron 34 reales, y una oración, dato éste que nos llama la atención, ya que nos lleva a creer que en la visita los presentes leerían algún texto; por no haber llegado a nosotros ningún ejemplar, no sabemos si se trataba de una plegaria en la que encomendaban su buen quehacer a los patronos de las cofradías, o por el contrario, sólo consistiese en la expresión gramatical que requiriese la Triaca. También debemos de admitir, en relación con los preparativos, la presencia de cuatro granaderos durante cinco días, y de un sargento, que lo más probab'e es que hiciese una especie de guardia de honor. Esto supuso 220 reales.

De la importancia de la exposición de los simples y de la consistencia de los preparativos que eran necesarios, nos da idea el que se emplease un personal especializado, los altareros, quienes disponían unos altares para presentar los simples y adornaran la sala por ello. Se les pagó 60 reales, y 8 más a modo de propina, para que se tomaran un refresco. Se contrató a un carpintero para hacer una barandilla, los palos para la repisa y además ayudase «día y medio a quitar y poner el aparador». Lástima que no haya llegado hasta nosotros este aparador del que se habla, ya que a juzgar por lo que se tardó en colocarle debía ser de proporciones enormes. También se necesitó yeso para tapar los agujeros de las repisas en la pared, y hubo que componer la escalera baja del jardín. En cuanto a la

decoración para este día, nos la imaginamos de un barroquismo perfecto, pues aparece en el documento el alquiler de tapices para la barandilla, estatuas, repisas, china, sillas, el alquiler de las cortinas para el gabinete, y alhajas, sinónimo de bandejas de plata. Todos estos adornos se trasladaron, como se hace constar en la cuenta,

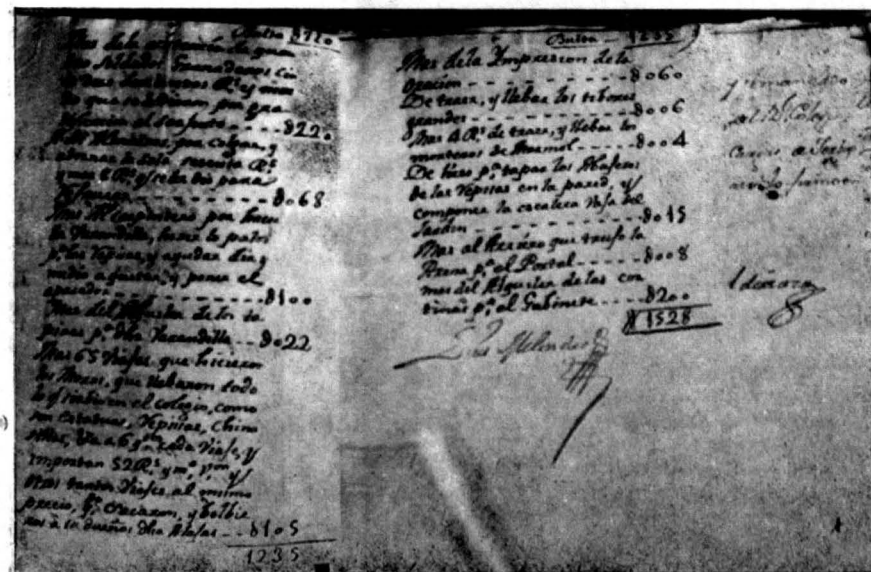


Fig. 4.—Relación del año 1756

en 65 viajes de ida y otros tantos de vuelta, lo cual supuso un gasto de 105 reales, 65 viajes que suponemos se realizarían con un carruaje y nos permiten figurarnos la gran cantidad y tamaño de los objetos que en ello se utilizaron. Se citan también morteros de mármol, tibores, vasos grandes de barro de china, y 15 reales de ramilletes, lo cual nos indica que las flores no podían faltar.

Por fin, llegaba la culminación del acto, con la asistencia de los protomédicos en coches y carrozas, dato que sabemos porque se nos dice que la propina a los cocheros fue de 30 reales, y porque además figura 8 reales de pago al arriero que trajo la arena para el portal; quizá la echasen bien para impedir que las caballerías pudieran escurrirse, o bien para mezclar con la arena los excrementos y después recogerla. A continuación se celebraba el banquete, que podemos considerar por todo lo alto. Vemos que sólo para consumo de los señores del protomedicato se compraron 84 libras y media de dulces

Consideremos otros aspectos, el económico hoy que tanto se hace historia de precios, y también el bromatológico y dietético, proteínas, grasas, hidratos que entraban en su composición. Un dato nos falta para poder juzgar el hecho con todo rigor: este banquete era algo extraordinario, pero ¿cuántas personas disfrutaban esta comida? En el de 1797 pensamos que sería para 12 ó 24 personas, por el número de bartolillos y el de pichones. Si lográsemos saber esto con certeza, podríamos indicar el aporte calórico de cada uno de los alimentos por persona. Tampoco sabemos cómo se cocinó y condimentó, aunque nos inclinamos, como hemos dicho, a que fuese el famoso cocido, suponemos también que se haría en el propio Colegio e incluso puede ser que como utensilios culinarios utilizasen los mismos que para preparar los medicamentos, grandes peroles, calderos, morteros, etc. Creemos no equivocarnos al pensar que los cocineros serían integrantes del Colegio o sus empleados, ya que sino figuraría el salario de los que hubieran intervenido en la confección de la comida.

Hasta hoy no hemos hallado otros documentos que hagan referencia a actos semejantes, puede que conforme se vaya catalogando el archivo aparezcan más, quizá entonces tengamos datos suficientes para hacer el estudio histórico sobre los aspectos económicos y bromatológicos que hemos apuntado.